—¡ Camila !... ¿ De dónde venís ? ¿ Sois víctima de alguna persecucion ? ¿ En qué punto habeis estado oculta hasta ahora ?

Al oir la voz de Silvio, la jóven fijó en él sus miradas, pero tal era su agitacion, que no pudo contestar una palabra, y al fin, lanzando un suspiro, cayó desvanecida en brazos del cazador que se habia acercado con todos sus compañeros, dispuestos á proteger á la jóven si era víctima de alguna persecucion.

CAPÍTULO V.

El infanticidio.

Antes de pasar mas adelante referiremos la historia de la desgraciada jóven que tan inopinadamente habia interrumpido el discurso de Attilio.

Camila, por desgracia suya, era muy hermosa, y Silvio, quien, segun ya hemos dicho, se dedicaba á la caza de osos, acostumbraba á veces á ir á Pontine Marshes (Pantanos de Pontin), para descansar en casa del buen Marcelo, padre de Camila, cuya casa distaba poco de Roma. Como las visitas de Silvio eran frecuentes, estableciósé entre los dos jóvenes una simpatía que bien pronto se convirtió en amor, de modo que Silvio acabó por pedir á Marcelo la mano de su hija, peticion á que accedió este, fijando un dia no muy lejano para celebrar la boda.

El porvenir sonreia á nuestros dos jóvenes, que contaban como asegurada su felicidad, pero esta no debia ser duradera, pues Silvio volvió muy enfermo de una espedicion, atacado de una de esas calenturas que se adquieren en los terrenos pantanosos ó húmedos, y fué preciso demorar la boda indefinidamente.

Entre tanto Camila, demasiado hermosa é inocente para vivir segura cerca de la mas viciosa de las ciudades, era ya buscada por los emisarios de su Eminencia el cardenal Procorpio. Camila tenia por costumbre ir á vender fruta á la Piazza Navona, y cierto dia, acercósele una frutera vieja, sobornada por Gianni, y la aconsejó, con palabras muy lisonjeras, que fuera á vender al palacio del Cardenal, porque allí la pagarian á muy buen precio toda la fruta que llevase. El resto de la historia es fácil de adivinar, pues en Roma sucede esto con mucha frecuencia: Camila cayó en el lazo, y para que su padre y su novio no descubriesen la falta, se la persuadió á que se quedase en el palacio Corsini, donde dió á luz un niño que fué muerto por uno de los servidores del cardenal, con objeto de que desapareciera el cuerpo del delito.

De tal modo se afligió la desgraciada jóven al saber que se habia cometido semejante barbárie, que al poco tiempo perdió la razon y se la encerró en una casa de locos con el mayor sigilo, pero precisamente en la noche que se reunieron los conjurados, Camila pudo escaparse, y vagando de un punto á otro llegó á las ruinas del Coliseo. Pareciéndole que divisaba una luz, y agitada sin duda por el presentimiento de que allí iba á encontrar proteccion, la jóven penetró en el interior de las ruinas antes de que tuvieran tiempo de detenerla los que vigilaban la entrada, y de este modo se encontró en medio de los conjurados, entre los cuales cayó desmayada, como ya hemos dicho.

Cuando Silvio hubo referido la historia de Camila, Attilio, que no podia ocultar su indignacion, dirigió de nuevo la palabra á sus compañeros y les dijo:

—Amigos mios; ya es tiempo de purgar la ciudad de esos hombres infames que nos están cubriendo de ignominia, y yo maldigo á todo aquel que siendo romano se niegue á prestarnos su

auxilio para acabar de una vez con esa raza miserable que nos humilla y nos conduce á un abismo.

Al pronunciar estas palabras, el jóven artista se volvió hácia Silvio y le dijo:

—Amigo mio: esta jóven es mas bien víctima que culpable y necesita vuestra proteccion; yo espero que sereis bastante generoso para no negársela.

Por única respuesta, Silvio abrigó con su capa á Camila, y cogiéndola con sus robustos brazos, la condujo fuera del Coliseo para llevarla á casa de su padre.

—Camaradas, añadió Attilio, nos reuniremos el dia 15 en los Baños de Caracalla; llevad vuestras armas por si fuera necesario hacer uso de ellas.

Los trescientos compañeros de Attilio prometieron ser puntuales á la cita, y pocos momentos despues quedaban las ruinas tan solitarias como de costumbre.

Algunos de nuestros lectores, creerán acaso que les estamos refiriendo un cuento inverosímil, pero podemos asegurarles que todo cuanto decimos es exacto. En los paises donde no domina el papismo, como en Inglaterra por ejemplo, no hay temor de que sucedan estas cosas, pero en Roma es muy distinto, y allí siempre habrá intrigas como las de que hemos hablado, mientras no se ponga un remedio radical. Sin embargo, ya se recordará que en el año 1848, cuando se estableció en Francia un gobierno republicano, lo cual fué la señal de un movimiento revolucionario en toda Europa, el Papa que ahora ocupa el trono de San Pedro, tuvo que escaparse disfrazado, y un gobierno nacional concedió por primera vez en Roma la tolerancia religiosa. Una de las principales medidas de la república romana, fué disponer que se pusieran las monjas en libertad y que se registrasen los conventos, y en 1849, yo mismo, que acababa de llegar á Roma, los visité

personalmente para saber cual seria el resultado de las pesquisas. En todos ellos, sin escepcion, se encontraron instrumentos de tortura y tambien bóvedas para enterrar los huesos de los niños; la estadística prueba tambien que en ninguna ciudad existen tantos espósitos como en Roma, ni hay país alguno donde se repitan tanto los infanticidios.

Esto sucederá siempre allí donde haya sacerdotes ricos, que no puedan casarse, y una poblacion pobre é ignorante.

CAPÍTULO VI.

El arresto.

Hemos dejado á Manlio en el momento en que Gianni le daba cuenta del mensage de su amo, y ahora debemos decir que el escultor accedió á la proposicion del Cardenal, y despues de celebrar una entrevista con él, se encargó de hacer las estátuas. Durante algunos dias no ocurrió cosa alguna que pudiese escitar sospechas, y nada interrumpió la tranquilidad en la casa de Manlio, pero desde un balcon de la casa alquilada por Gianni, Cencio vigilaba atentamente al artista, combinando una trama para llevar á cabo su objeto.

Por fin, cierta tarde, en que el escultor estaba muy ocupado en su trabajo, Cencio entró de repente en el estudio esclamando:

—¡Por amor de Dios, permitidme que permanezca aquí un poco! La policia me busca para arrestarme, pero os aseguro que no soy culpable; me persiguen por liberal y por haber declarado en un momento de cólera que la caida de la república es la muerte de la libertad.

Al decir esto, Cencio hizo un movimiento como para refugiarse detrás de una estátua.

—Estos son malos tiempos, murmuró Manlio, y poca confianza se puede tener en un hombre, pero acaso este se vea perseguido por sus opiniones políticas y esté destinado á vegetar en un calabozo. Parece una persona decente, y quedándose aquí hasta que anochezca, podrá escaparse con mas facilidad. Sí, añadió Manlio, le salvaré.

Al decir estas palabras, levantóse el escultor, hizo una seña al supuesto fugitivo, y acercándose á unas grandes estátuas de mármol que se veian en el estremo del taller, le ocultó cuidadosamente, sin concebir la mas leve sospecha de que en su casa acababa de entrar un traidor.

A los pocos momentos de haber vuelto Manlio á su trabajo, detúvose una patrulla delante de su casa y pidió permiso para hacer una visita domiciliaria, alegando que habia visto entrar una persona sospechosa.

El pobre artista trató de disuadir al oficial, sin comprometerse él mismo, y no adivinando que habia caido en un lazo, trató de conducirle en opuesta direccion al sitio donde se hallaba escondido Cencio. Sin embargo, como los de la patrulla estaban de acuerdo con este, sabian muy bien que se hallaba allí, pero pasaron algunos minutos antes de encontrarle, y la visita hubiera sido mas larga si Cencio no hubiese tirado de la levita á uno de los esbirros en el momento de pasar junto á las estátuas que le ocultaban.

Esto bastó para que el funcionario se detuviera repentinamente y esclamára:

—¡Ah! ya os tenemos; ahora no os escapareis.

Y dirigiéndose á Manlio, añadió el jefe de la patrulla:

—Es preciso que me sigais al tribunal para defenderos de los cargos que resultarán contra vos por haber ocultado á un miserable que está en abierta rebelion con el gobierno de Su Santidad.

Dejándose dominar por la cólera al escuchar aquellas palabras, Manlio, poseido de la mayor indignacion, iba á lanzarse sobre su acusador para vengar la afrenta que se le hacia, cuando de pronto entró su esposa seguida de Clélia. Las pobres mujeres iban á indagar la causa de aquel trastorno, y comenzaron á temblar al ver que el jefe de la patrulla tenia cogido á Manlio por un brazo, mas no bien hubo divisado el esbirro á Clélia, dejó inmediatamente al artista y le dijo mudando de tono:

—Tened valor, amigo mio, y consolad á estas buenas señoras, pues seguramente os pondrán en libertad muy pronto. Se tratará solo de que contesteis á ciertas preguntas, y volvereis aquí para ocuparos de vuestro trabajo.

Inútiles fueron los ruegos y las lágrimas de Clélia y de su madre para que no se obligara á Manlio á marchar con los agentes, y el artista por su parte, no dignándose parlamentar con aquellos bribones, se despidió de su esposa y de su hija y siguió á la patrulla con aire digno, como hombre que no tiene nada que temer de la justicia.